



LO QUE DEBO A TRUEBA

D. C. Lomo X

Ramiro de Maeztu, a propósito del reciente homenaje a Trueba en mi nativo Bilbao, me dedica una crónica en «La Correspondencia de España», del día 12 de este mes. La crónica se titula: «La España de hoy. Inutilizable.» El inutilizable parece que, a juicio de mis paisanos—o de muchos de ellos—, soy yo. ¡Gracias sean a Dios Todopoderoso! Porque el ser yo inutilizable para ciertas cosas, quiere decir que me tienen que utilizar, quiéranlo o no, y sin que yo siquiera lo sepa, para otras. Pues si, como dice Maeztu—hablo aquí a fe suya—, se dicen, refiriéndose a mí: «¿Por qué no ha de pensar como nosotros?», quiere decirse que les obligo a fijarse en cómo piensan, los que de ellos piensan—que son los mejores, y quiero creer que los más—, y no es esto poco.

Celebro, además, que, haya sido por lo que fuera, no se les ocurriese llamarme a tomar parte en ese homenaje, pues, con grandísimo pesar, no hubiera podido ir. Los Gobiernos de S. M. no me dejan apenas moverme de aquí, de Salamanca, y no debo, en buena ley de dignidad, aceptar, ni menos pedir, licencias, yo que, en veintinueve años de profesorado, soy, acaso, el profesor que menos días ha faltado a sus clases, a lo que me ha ayudado una salud de hierro vizcaíno.

¿Qué hubiera yo dicho de Trueba, a quien conocí y traté, de haber podido ir, libre y dignamente, a ese homenaje? Algo de lo de la *honrada poesía vascongada*, que dijo mi maestro Menéndez y Pelayo—de quien nunca fué afecto Trueba—, y algo de lo que D. Marcelino, siendo un niño casi, a sus veinte años, escribió en el prólogo a las *Poetas* de Evaristo Silió, cuando dijo que los poetas salidos de la «agrupación que geográficamente podemos considerar extendida por Cantabria, Asturias, Galicia y tierras de León (del lado allá del Duero, como decía Lista), ofrecen todos un sello de familia, una similitud literaria que de igual suerte los aísla de la poesía castellana como de los escasos vates que han florecido en las comarcas eúscaras». Porque al escribir esto, a sus veinte años, el gran crítico santanderino, pensaba, seguramente, en Trueba, y acaso en Samaniego y en el *Rimado de Palacio*. Y luego resulta que a los vascos nos separa de los *septentrionales*, «soñadores y meditabundos», de

los que tienen «afición extremada»—como la tenía Evaristo Silió—«a la parte sombría, nebulosa y triste de la naturaleza, que produce en ellos graves pensamientos y solemnes meditaciones». Y no, Trueba no era de estos. Y eso que Trueba tenía tanto de montañés como de vizcaíno. Por su origen y apellido era montañés.

Pero habría yo contado, sobre todo, la más grande emoción que debí a Trueba, y hasta un gran descubrimiento. Sí, un gran descubrimiento. Trueba me descubrió, siendo yo casi un niño, uno de los más fecundos y hondos principios de la vida del espíritu.

Era yo casi un niño, tendría doce o catorce años, y buscaba ya pasto a mi espíritu, acaso consuelo a la vida—hoy tristezas inconscientes, y el fondo de mi mocedad fué agorera melancolía—en la lectura de obras de ficción, de novelas, de poemas. Pero la acción de esas novelas, de esas leyendas, tenía que ocurrir en tierras y en tiempos lejanos y desconocidos, cuando no en países fantásticos. Había un mundo de la fantasía que no era, que no podía ser, aquel mismo en que vivíamos.

Por entonces, y mientras hacía mi bachillerato, solía pasar los meses de verano—y a las veces hasta entrado el invierno—en una casita de campo que tenía





mi abuela en la mitad de la anteiglesia de Deusto. Y allí leía por las tardes y en las veladas. Allí leí terribles novelones de Pérez Escrich, como «Las obras de misericordia», de que sólo recuerdo un grabado que representaba a un tal Mateo «El Galgo», a «Fausta Storel», en que andaba, creo recordar, una mujer con antifaz, y a la que le habían abrasado la cara con vitriolo. Y entre tanta truculencia fantástica cayó en mis manos un libro de Trueba, que se llama: «Marisanta; cuadros de un hogar y sus contornos.»

A este libro, que por íntima piedad no he de volver a leer, le debo, acaso, el más grande descubrimiento de mi vida. En él se hablaba del caserío de Echezuri, que estaba allí, a pocos pasos de nuestra casita de campo, y de otro caserío que se alzaba al otro lado del río, del Nervión, en Olabeaga, junto a San Mamés. Luego ¿podía ponerse una ficción poética, un mundo de fantasía y de amor y de leyenda, allí, en la tierra misma que pisaba? Y alzando mis ojos, húmedos de lágrimas, las más puras que haya nunca llorado—porque Trueba me hizo llorar—, de las páginas del libro, miraba a Echezuri, miraba al otro caserío de junto a San Mamés, y pensaba que, pues en ellos hubo leyenda, podría yo poner leyenda en mi vida. Y así es como me enseñó Trueba, antes que nadie, que el mundo de la ficción y de la poesía vive, no al lado, sino dentro del mundo de la realidad y de la prosa; que en aquel caserío de Echezuri, que estaba a mi vista y a que podía ir en un corto paseo, había soñado el poeta una leyenda apacible de honrada poesía. No sé si he descubierto después nada que me haya valido más.

19

Miguel de UNAMUNO

